

# LA NOCHE PAGADA

Mención:

Juan Manuel Molina / Facultad de Filosofía y Letras

Así, sin antecedentes. Llanamente. Voy al hombre, me le acerco, lo rodeo. Percibo, con toda conciencia, el rojo noche de su miedo. Sonríe. Dice las frases rituales que nadie siente y nadie escucha.

En el fondo, el tapiz, el papelaje que cubre las paredes. Por dondequiera caras, formando nutridos racimos. Pero el único hombre, este que lo es porque tiene miedo, adolece una profunda carencia de rostro.

Me han ensayado bien mi papel: "Tú muéstrate inflexible, no des cuenta de nada —me dijo Jorge—; tú tranquilo, en tu puesto." Me lo han dicho. Y ahora, como conviene, he venido y llegado un poco tarde. La reunión está en pleno.

El mozo se libra de una copa y yo de una mano que no sabía dónde colocar.

"Tranquilo, sin movimientos —me lo dijeron."

Al fondo, la señora del vestido blanco ríe de espaldas. Su risa choca con los cristales, se yuxtapone, se ahoga. Y hay los candelabros, y los peldaños, y la mesa. La luz ubicua, las caras.

—Es preciso, irremediable... Sé que no puede resignarse...

—Usted no entiende nada.

Bebo. El licor seco, la boca seca, la palabra amarga.

—Debo matarlo.

Lo he llevado al fondo, junto a la mujer de blanco que está riendo, ahora ya sin espaldas. Es de facciones frágiles, inteligentes. Sus líneas son tenues, elegantes. Parece tener sólo su silueta y su rostro.

—Le repito que usted no entiende nada.

Su materia la abandonó y, en forma de mujer gorda, platica frente a ella. Su risa es sólo sonido.

—¿Me oye usted?

—Sí, sí...

—No puede hacerlo.

—Es preciso.

Saco un cigarrillo y me da lumbre. Sus manos tiemblan, encendidas.

—Gracias... Afuera tengo el coche —le digo. Me lo han explicado en detalle.

Desfallece. Saca una pastilla de carbón y, con un gesto ya mecánico, se la lleva a la boca.

—¿Entonces . . . ?

Niego con la cabeza.

—No puedo remediarlo. Lo espero afuera.

La señora me mira. Percibo su perfume mientras me alejo.

Hay lluvia sobre la calle y el frío se siente como una mano tenaz. Los carros son sólo faros y parabrisas. Arrojo el cigarrillo al arroyo. Me gusta, me complace la lentitud de mis pasos, mientras avanzo por la banqueta, hacia mi carro. Busco las llaves en mis bolsillos. Se escucha el disparo. El pulso me tiembla un poco mientras abro. Los gritos me arañan más acerados que la lluvia. Subo y enciendo. No hay nada que esperar. Avanzo. El semáforo está en verde.

El trayecto —luces, giros, lluvia, calles ajenas, incommovibles— queda abolido. Llego a la casa de Jorge. Él mismo me abre la puerta y me hace entrar. Los otros dos están reunidos en torno de la mesa. Hay tazas de café y montones de colillas. Me siento y saco un cigarrillo. Víctor me da lumbre y le arrojo a la cara la primera bocanada de humo, mientras veo a Bertha parada detrás. Se ha puesto ahí en silencio, con los ojos abiertos, pálida, casi esclerótica. Se acerca y me sirve café. Jorge se sienta a mi lado y todos se quedan callados, estáticos, mirándome.

—Dilo de una vez.

Es la voz de Jaime. Quisiera decirlo rápido, pero todo se me hace lento y las palabras están sumidas en la sombra. Lo miro. No se por dónde empezar ni qué decir. No me instruyeron acerca de eso. Lo miro. Tiene el pelo echado sobre la frente, los ojos astutos y una boca como hecha con cuchillo, de labios finísimos, casi inexistentes.

—Bueno, ¿lo has hecho?

Ahora me habla Jorge. Su voz es grave, imperiosa. Miro los ojos abiertos e impalpables de Bertha. Ellos me indican el camino, me formulan la pregunta más descarada, más desnuda.

—Está muerto —les digo.

Se rompe una tensión, sus cuerpos se relajan y se miran entre sí.

—¿Lo has destrozado? —pregunta Jaime.

Lo miro con furia un instante. Luego miro a los demás. La pregunta la podría haber hecho cualquiera. No respondo.

—¡Eh, tú!, ¿me oíste?

Agarro la taza de café y empiezo a levantarla. La mano de Jaime se hace puño sobre el cuello de mi camisa y me jala violentamente.

—¡Canalla! ¡Te estoy hablando!

Su rostro está demasiado cerca del mío y no puedo contenerme: se lo cubro con el café sin sentir rabia ni nada, únicamente porque me parece lo más correcto y porque me pesan demasiado los ojos de Bertha.

Lanza un grito, se hecha hacia atrás y se cubre el rostro. Cuando los demás se dan cuenta yo ya estoy de pie, a prudente distancia y con la mano detrás del saco, sobre la pistola.

—El hombre está muerto, Jorge. Te toca cumplir lo dicho.

—Has hecho más de la cuenta —le dice. Tu dinero está en el primer cajón de la cómoda. Tómallo y lárgate.

Mientras meto el dinero en mis bolsillos no les quito la vista de encima. Están echados hacia abajo, quietos aplánados sobre las sillas, temiendo dar la sola impresión de intentar levantarse o mover una mano. Detrás, Bertha pasa un trapo húmedo sobre la cara de Jaime.

No quisiera hacerlo, pero me parece que debo aplanarlos más. Están corderos, atados, esperando ser acuchillados.

—El café estaba frío, Bertha. Otra vez ten más cuidado.

No me responde. Me avienta sus ojos abiertos y su rostro blanco, esclerótico y mudo.

Salgo. Sopla un viento mojado y torvo.

Lanzo el carro por calles sin rumbo.

“El hombre está muerto, les dije . . . Jaime se lo buscó, no quise hacerlo. Y el hombre muerto. Y yo aquí, manejando, pensando esto. Y no he contado el dinero . . . Estoy solo.”

Estaciono cerca de un café de traza burguesa. Me quedo con el carro parado, sabiendo que voy a salir, pero retrasando el momento.

“¿Qué pensará, andando por ahí con los ojos abiertos y la cara blanca? Y sin mover los músculos, ni las caderas, ni la boca, ni nada. ¿Qué sacará con todo eso?”

Desciendo y me voy pegado a la pared, como rodando sobre ella y evitando los charcos porque mis zapatos hacen agua.

“Y ese Sergio. No hace nada, no dice nada. Yo creo que los domina. Tal vez hasta se haya acostado con Bertha. Sí, sí, de seguro que lo ha hecho. Eso es lo único que ha hecho.”

El reloj del café marca la una y media. Hay pocas mesas ocupadas.

“Gente que sale tarde del cine. Aquella pareja tonta y los tres estudiantes, queriendo recuperar tiempos académicamente perdidos. Pero su vida no es tan fácil como se dice. En realidad ninguna vida es fácil. Aunque cuesta más trabajo morirse.”

Me sirven un café insípido, vulgar.

“Las cosas suceden sin que uno lo quiera, casi sin darnos cuenta. Estoy solo. Nada. Pienso. Se me atorán las palabras, pero, en el fondo, pienso. Y ya casi no me importa que nadie me haya dicho qué debo hacer ahora.”

Meto la mano en el bolsillo y aprieto los billetes entre los dedos. Pero me siento vacío y ajado, como si me siguieran apretando del cuello de la camisa.

“Y no hay nadie a quien arrojarle el café, para que parezca correcto, para no perder la dignidad ante los ojos abiertos y . . . aquélla . . . ¿no es la señora que se reía de espaldas? . . . Sí, ésa es . . .”

Instintivamente me enrolló y pienso en ocultarme. Vacilo. Me doy cuenta de que va a mirarme y a reconocerme. Pero no hago nada. La taza de café está demasiado pesada y afuera hace frío.

“No tengo por qué irme. El hombre está muerto, pero yo no hice nada. ¿No he hecho nada?”

Me ha visto . . . recuerda . . . se viene derecho hacia mí.

“Tú nada, dijeron. Estate tranquilo, en tu sitio.”

—Perdone . . . es . . .

—Siéntese —le digo sin mirarla.

Me doy cuenta cómo se queda aturdida, perpleja. Se deja caer sobre una silla y pienso que no debí haberle dicho nada.

“Va contra las leyes del juego. Y éste es un juego extraño. Un juego en que participan dos partes, y ambas, forzosamente, pierden.”

—¿Es que . . . acaso usted . . . ?

Me mira con una expresión un poco ridícula.

—No me vaya usted a decir que lo siente. Realmente no puede sentirlo. Está únicamente impresionada.

Hay una larga pausa. Ahora luce desamparada y frágil.

—No, no le iba a decir eso. Sólo quería saber si usted se había enterado ya, y como veo que es inútil mi presencia . . .

—No, por favor. No se vaya.

La tomo del brazo, la retengo como un desesperado.

“No puedes irte ahora. Cualquier cosa, menos irte.”

—¿Se da cuenta de que me está haciendo daño?

—Perdone . . . No, realmente yo . . . No se vaya . . .

—¿Por qué no?

Ahora me mira con reto. Su mandíbula se ha hecho firme y pronunciada.

“¡Maldita, tan pronto te creces! Ahora, si te vas, me voy contigo.”  
 —Porque no. Nada más por estar aquí. Por ninguna otra razón.  
 —Gracias, creí que iba a decirme que me necesitaba . . . Realmente, no hay necesidad.  
 “Creo que tengo la barba crecida demasiado, crecida. ¿En qué pienso ahora? Y sí es cierto que la necesito. Es lista.”  
 —Me llamo Luis. Háblame de tú.  
 —Bueno, por qué no. ¿Quieres saber mi nombre?  
 —No hace falta.  
 —¿De qué vamos a hablar?  
 “Está locuaz, demasiado locuaz. Y se ha olvidado del muerto.”  
 —De la felicidad.  
 “Ahora recuerda. La palabra felicidad siempre es dolorosa. ¿Qué edad?”  
 —¿Cómo te enteraste del suicidio de tu amigo?  
 “¿Amigo? ¿Por qué amigo?”  
 —Sólo estaba conmigo, nunca le había hablado antes.  
 —¿No lo conocías? —pregunta con una admiración inconcebible y molesta.  
 —Sí, pero nunca le había hablado.  
 —¿Y cómo te enteraste?  
 —Yo lo maté.  
 Se muerde las uñas y yo la miro profundamente a los ojos.  
 “Tiene que creerlo, tiene que darse cuenta de que es cierto.”  
 Se ríe y su risa me araña la cara, me ofende.  
 —No, no es eso. No me siento culpable de su muerte. Lo maté de una forma vacía, impersonal. Tal vez de eso me sienta culpable, no lo sé.  
 “Ahora lo ha tomado a broma, ahora se divierte.”  
 —No, no le di un tiro. Pero me pagaron para que lo matara y yo fui y se lo dije y él sabía que iba a hacerlo.  
 —¿Y por qué no te mató a ti en vez de matarse él mismo?  
 —Porque estaba cansado de correr. Ya habían ido otros antes y vendrían otros después. Además, sabía quiénes me pagaban.  
 —¿La maffia política?  
 —No, sus hijos.  
 “Se ríe más, se ríe, se ríe.”  
 —¡Ah, eres magnífico! Lo que más risa me da es el tono serio en que lo dices.  
 —¿Le eres infiel a tu marido?  
 No se deja sorprender tan fácilmente.  
 —¿Y tú a tu esposa?  
 —Soy soltero.  
 —¿Te quieres acostar conmigo?  
 —Quiero saber si le eres infiel a tu marido.  
 —Soy mujer de la vida galante.  
 “Lo dice con un tono.”  
 Se está riendo de mí. Miro en torno. Sólo quedan los estudiantes y nadie nos presta atención. Meto la mano a los bolsillos y saco, lentamente, los fajos de billetes.  
 —¿Cuánto cobras?  
 “Ahora está indignada, realmente furiosa. Apenas a tiempo. Ya me daban ganas de abofetearla.”  
 —Tráete ese dinero, tengo mi carro afuera. No vale la pena hablar. No es necesario hablar.  
 —No quiero ese dinero.  
 —Entonces déjaselo al mozo —digo mientras me levanto.  
 —¡Buena idea!  
 Se levanta y hace ademán de seguirme, pero a los pocos pasos se detiene.  
 “No comprende de qué se trata, pero sea lo que sea, lo reprocha.”

—Oye, no pensarás . . .

—Te dije que me ayudarías con el dinero, si no lo quieres ya es cosa tuya.

Abro la puerta y salgo. Sigue la lluvia y mis calcetines están húmedos y me siento desgraciado. Entro al coche con un poco de zozobra. Afuera está la noche deslucida, vieja y cansada.

“A la noche se llega corriendo. No de otro modo, corriendo. Me doy cuenta de esto.”

—¿Estás loco o qué? Aquí está tu dinero.

Se ha instalado a mi lado y me llega su perfume mojado. Hay en mí un inexplicable abatimiento, un angustioso estatismo.

“No quiero ir a ningún lado, ni siquiera a mis sentimientos. No quiero sentir, ni estar vivo, ni nada.”

El carro se ha lanzado a las calles, ahora desérticas y terriblemente insuficientes.

—No pensaré llevarme a un hotel, es demasiado vulgar.

“Todo es vulgar. Sin embargo, yo no he matado a nadie. Cuando se den cuenta querrán quitarme el dinero . . . No, no harán nada. Son demasiado pusilánimes. Además, el suicidio ahorra muchas cosas. En realidad, deberán sentirse agradecidos.”

—En la próxima calle a la izquierda y después a la derecha nuevamente,

“Me lleva a su casa, la maldita. Para ella todo es sencillo, todo es instintivo y normal. No sabe lo lejos que estamos uno del otro y tal vez ella esté gozando ya.”

—Aquí para. No, no, más adelante. Y no estés tan solemne, dame la mano. ¡Estás temblando! ¿Que te pasa?

—Mira.

Metó la mano, saco y le enseño el revólver.

—No estoy para bromas, guarda eso.

—¿Es hermoso?

—Es horrible. Y si quieres que entremos deja eso aquí, en el carro. Lo mira de soslayo y está nerviosa.

—¿Tienes miedo?

—Mira . . . —dice mientras se mueve en su asiento, nerviosamente, desamparadamente—, te digo que . . .

—Te podría dar un tiro . . . ¿Tienes miedo?

Deja de moverse, respira honda y pesadamente. Está abatida.

—Sí . . .

“Gracias . . . creía que sólo yo . . .”

Dejo la pistola en el carro y entramos a la casa. Vive en el tercer piso y el elevador está descompuesto. Su alcoba es raquítica: tiene un tocador, una cama y una silla. No sé qué cosa le sea más útil. Apura su bebida mientras yo muevo la mía entre las manos.

“¿Qué le digo, qué le digo? No se me ocurre nada.”

—Supongo que harás esto muy seguido.

Frunce la nariz y levanta los hombros.

“No es tan experta como quiere parecer.”

—Desde luego . . . ¿no es normal?

—Me refiero a la bebida . . . noto que eres muy hábil preparándola.

—¡Ah, eso! —dice, y no puede contener una risa nerviosa de alivio.

—¿Qué creías tú?

Me mira con unos ojos distantes y ajenos, con su rostro de pequeña aristocracia, y me dice, en tono amenazante:

—No abuses.

Me siento culpable y me llevo la bebida a la boca para disimular mi coraje. Me asomo a la ventana y la luz se apaga a mis espaldas. Afuera, partidos por la persiana, están la noche y el carro y una lluvia que es

sólo viento mojado. Luchan perros sin cuerpo y corren silencios mecánicos, desprovistos de vida.

—¿Sabes Luis?

—¿Qué?

—Él era mi amante.

Siento que una mano fría me recorre la espalda y los vellos del cuerpo se me erizan.

—¿Quién...?

Sé que no hay necesidad de respuesta. Me vuelvo y no veo nada, sólo una boca negra y fría y desesperadamente fuera de sitio.

—Él era casado —le digo.

—También yo lo soy... Pero era mi amante.

“Repto. Hay algo que me dice que estoy reptando. Pero yo no voy a caer tan bajo como ella. Me voy a largar y que se quede esperando.”

—¿Nunca pensaste en eso?

“Su voz es de lisonja, de incitación... demasiado suave.”

Imagino, sin saber cómo, mi silueta recortada contra la ventana. Estático, hago desesperados esfuerzos por decirle, antes de irme, que es algo sucio.

Se escucha apenas el ruido de los disparos.

Un dolor silencioso y agudo se me clava en el estómago, en el pecho. Las rodillas se me doblan y no me gustaría caer con la cara hacia el suelo. Tengo mi sangre entre las manos y ya no hay ninguna felicidad posible.

Lento, como desde otro mundo, me llega el sonido del silbato de un velador. Y es un sonido que sabe a miedo.

